

AC 12 87

Ha sido el tiempo de introducción a las ciencias físico-naturales. Seguimos adelante en las emisiones especiales de la UNED. José Ortega y Gasset nació en 1883 con motivo de celebrarse su primer centenario.

El profesor del Departamento de Humanidades, Carlos Doros Führer, ha preparado este programa especial sobre la figura de nuestro ilustre filósofo. En este año de 1983 se cumplen diversos centenarios de personajes ilustres. Hace cien años que se produjo la muerte de Carlos Mars, del compositor Ricardo Wagner y del pintor impresionista Eduardo Manet.

Pero también hace cien años, en 1883, cuando desaparecieron estos personajes, nacía un importante filósofo español, José Ortega y Gasset. Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que sólo entonces será la verdaderamente nuestra y no de otro o de nadie como lo es la del frívolo. ¿Cómo se resuelve tan difícil problema? Para mí no ha cabido nunca duda alguna sobre ello.

Nos encontramos con un poeta a quien se da un pie forzado. Este pie forzado es la circunstancia. José Ortega y Gasset, junto con Eugenio Doros, son las dos grandes figuras del pensamiento y la filosofía española contemporánea.

Y por ello, al igual que el año pasado emitimos un programa especial dedicado al gran maestro Dors, con motivo de su centenario, este año, con motivo del centenario de Ortega, hemos pensado que era obligado rendir otro pequeño homenaje a esta extraordinaria figura de la cultura española. Ortega y Dors son dos figuras paralelas, aunque diametralmente opuestas. Intentaremos explicar esta aparente paradoja.

Es innegable que Dors y Ortega tenían de común un talante cultural, universal y pedagógico. Ambos se profesaban una admiración mutua. Ortega fue un verdadero aristócrata castellano y Dors un Dante catalán.

Pero mientras la obra de Ortega es fundamentalmente una explicación, la de Dors posee una tendencia a la elección, es decir, a una forma de ejemplaridad. Así Ortega manifestaba una preocupación sociológica por explicarse la razón de lo que la vida, el mundo y la historia es en su pensamiento racio-vitalista. Dors, por el contrario, expresaba una intencionalidad ético-estética por lo que la vida y el mundo debería ser en su novecentismo.

Para Ortega los valores del pensamiento y de la cultura son fluyentes, dinámicos. Para Dors, estáticos. El estilo de Ortega era diáfano, directo, claro y por ello más popular.

El de Dors, por el contrario, era más barroco, ampuloso, original y por ello más elitista. Pero las diferencias son más y muy profundas. Veamos tan sólo siete de las más fundamentales.

Dors era católico y monárquico. Ortega, laico y republicano. Dors fue un mediterráneo.

Ortega un mesetario. Dors era un artista y un glosador. Ortega un sociólogo y un ensayista.

Dors busca el éxito. Ortega tiene éxito y, finalmente, Dors tuvo fans. Ortega discípulos.

José Ortega y Gasset nació el 9 de mayo de 1883 en Madrid, la misma ciudad donde morirá 72 años más tarde, el 18 de octubre de 1955. Estudió la licenciatura en filosofía y letras en la Universidad de Madrid, en la que se doctoró en 1904 con la tesis titulada Los terrores del año 1000, crítica de una leyenda. Un título que nos indica ya en gran medida la característica de su pensamiento.

Un año más tarde de doctorarse, en 1905, marchó a Alemania donde estudió en las universidades de Leipzig, Berlín y Marburgo. En esta última universidad de Marburgo, la más importante entonces de Alemania, fue discípulo del gran neocantiano Germán Cohen. Desde 1910 fue catedrático de metafísica de la Universidad de Madrid, donde explicó sus cursos hasta 1936, cuando comenzó la guerra civil española.

En 1923 Ortega funda la revista de Occidente, publicada hasta 1936, que con su biblioteca ha mantenido informados a los lectores de lengua española de las más importantes cuestiones intelectuales. Como consecuencia de ello, y sobre todo de su acción filosófica personal, se genera el florecimiento de la denominada Escuela de Madrid, a la que se vinculan todos sus discípulos principales, entre ellos Manuel García Morente, Fernando Vela, Javier Zubiri, José Gaos, Luis Recasens Siches, María Zambrano, Antonio Rodríguez Huéscar, Manuel Granel, José Ferrater Mora, Lisa Rague, Paulino Garagordi, Pedro Lainentralgo, José Luis Aranguren y Julián Marías. A partir de 1936, una vez estallada la guerra, Ortega reside en Francia, Holanda, Argentina, Portugal y Alemania.

No volvería a visitar España hasta 1945. Durante estos años de exilio, escribe sus obras capitales, rápidamente difundidas en una docena de lenguas. Es el momento en que dedicará gran parte de su obra a meditar sobre el tema de España y la circunstancia española.

Más tarde, a su vuelta a España, funda en Madrid, en 1948, con Julián Marías, el Instituto de Humanidades, donde impartió cursos y participó en coloquios sobre varios temas. De uno de ellos, el quehacer del hombre, tenemos su opinión en su propia voz. La vida es quehacer y la verdad de la vida, es decir, la vida auténtica de cada cual, consistirá en hacer lo que hay que hacer y evitar el hacer cualquiera cosa.

Para mí un hombre vale en la medida que la serie de sus actos sea necesaria y no caprichosa, pero con ello estriba la dificultad del acierto. Se nos suele presentar como necesario un repertorio de acciones que ya otros han ejecutado y nos llega bajo la oreola de una u otra consagración. Esto nos incita a ser infieles con nuestro auténtico quehacer, que es siempre irreductible al de los demás.

La vida verdadera es inexorablemente invención. Tenemos que inventarnos nuestra propia existencia y a la vez este invento no puede ser caprichoso. El vocablo inventar recobra aquí su

intención etimológica de hallar.

Tenemos que hallar, que descubrir la trayectoria necesaria de nuestra vida, que sólo entonces será la verdaderamente nuestra y no de otro o de nadie como lo es la del frívolo. ¿Cómo se resuelve tan difícil el problema? Para mí no ha cabido nunca duda alguna sobre ello. Nos encontramos como un poeta a quien se da un pie forzado.

Este pie forzado es la circunstancia. Se vive siempre en una circunstancia única e ineludible. Ella es quien nos marca con un ideal perfil lo que hay que hacer.

Esto he procurado yo en mi labor. He aceptado la circunstancia de mi nación y de mi tiempo. España padecía y padece un déficit de orden intelectual.

Había perdido la destreza en el manejo de los conceptos que son, ni más ni menos, los instrumentos con que andamos entre las cosas. Era preciso enseñarla a enfrentarse con la realidad y transmutar ésta en pensamiento, con la menor pérdida posible. Se trata, pues, de algo más amplio que la ciencia.

La ciencia es sólo una manifestación entre muchas de la capacidad humana para reaccionar intelectualmente ante lo real. Ahora bien, este ensayo de aprendizaje intelectual había que hacerlo allí donde estaba el español, en la charla amistosa, en el periódico, en la conferencia. Y era preciso atraerle hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro.

En España, para persuadir, es menester antes seducir. La formación del pensamiento de Ortega bebe sobre todo en tres fuentes, la obra de Joaquín Costa primero, el neocantismo de Germán Cogn y la lectura de Nietzsche después. Pero Ortega es además de filósofo un gran escritor, quizá uno de los mejores prosistas españoles de este siglo.

Puede calificársele de ensayista y estilista puro. Ortega ha creado una terminología y un estilo filosófico personal. Su técnica inversa a la de Heidegger, por ejemplo, consiste en huir de los neologismos, cargando los modismos de significación filosófica o susceptible de cargarse de ella.

Utiliza la metáfora con un valor metafísico, además de estético. Como él solía decir, la cortesía del filósofo es la claridad. Su pensamiento alcanza así una diafanidad insuperable y se extrema en hacerse inteligible, hasta el punto de inducir al lector, con demasiada frecuencia, a creer que, porque lo ha entendido sin fatiga, no tiene que esforzarse para comprenderlo del todo.

Ortega vertió su pensamiento en el artículo de periódico y en el ensayo, dando así la porción de filosofía que los lectores podían efectivamente absorber en cada momento. Según sus palabras, era menester seducir al público hacia los problemas filosóficos con medios líricos. Vemos pues como el interés de Ortega no se ha limitado a las cuestiones estrictas de filosofía, sino que ha llevado su punto de vista filosófico a todos los temas.

El arte, la política, la historia, la literatura, la sociología, pero todos estos escritos, aun los de

apariciencia más remota, están vinculados a un propósito filosófico y sólo a la luz de su sistema se les puede entender en su integridad. La formación española de Ortega fue realista, la formación alemana idealista. Su primera postura fue de oposición a ambas actitudes, ni realismo ni idealismo, sino vitalismo.

El realismo pone la verdadera realidad en las cosas, el idealismo en el yo. Pero las cosas sin el yo y el yo sin las cosas no tienen sentido. La verdadera realidad es la del yo con las cosas, es decir, la vida.

Pero esto no basta. Otros filósofos han tratado y siguen tratando de la vida. Es para ellos irracionalidad pura.

Esta irracionalidad se encuentra tanto en el yo, en la persona, como en las cosas y en el mundo. Así estos filósofos se oponían a los racionalistas que todo lo sometían a cánones. En esta controversia Ortega adopta una postura opuesta a ambas, pero que viene a ser una síntesis de las dos.

Ni racionalismo ni vitalismo. Racio-vitalismo. Porque la vida humana es para Ortega la realidad radical, es decir, una realidad extraña en la que radican todas las demás realidades.

El mismo Ortega lo ha expresado así. La vida humana es una realidad extraña, de la cual lo primero que conviene decir es que es la realidad radical en el sentido de que a ella, a la vida, tenemos que referir todas las demás, ya que las demás realidades, efectivas o presuntas, tienen de uno u otro modo que aparecer en ella. Para Ortega no se debe entender la vida como una cosa cual si poseyese naturaleza, sino como acto, como un hacer que se opone.

Y como la vida humana no es sustancia, el hombre no tiene naturaleza, es constitutivamente historia. Piensa Ortega que la razón había venido entendiéndose como un órgano inmutable dirigido a la captación de la inmutable esencia de las cosas. De esta manera la realidad cambiante de la vida se escapa a la razón.

Por eso el puro vitalismo buscó fuera del ámbito de la razón el órgano fluyente capaz de aprender la vida. Ortega lo halla en la razón vital o histórica. La razón histórica es tan razón como la razón pura, pero además está capacitada para aprender la realidad fluyente que es la vida.

En ello consiste la metafísica de la razón vital. La producción literaria de Ortega es muy copiosa. Sus obras completas, reunidas en seis volúmenes, comprenden escritos publicados desde 1902 a 1943.

Tres volúmenes recogen las obras posteriores. Entre los más importantes de sus títulos se encuentran Meditaciones del Quijote, El espectador, que compone ocho volúmenes, España invertebrada, El tema de nuestro tiempo, La deshumanización del arte y La rebelión de las masas. La publicación de sus escritos inéditos se inició en 1957 con su libro sociológico El hombre y la gente, ¿Qué es filosofía? Le siguió el importantísimo y extenso libro La idea de

principio de Leibniz y la evolución de la teoría deductiva.

Pero entre todas las obras de José Ortega y Gasset, tal vez *La rebelión de las masas* es el libro más famoso. Se publicó por primera vez en 1930, hace más de medio siglo. A diferencia de los libros de moda, la vitalidad de este libro afortunado no ha hecho sino crecer.

Parece un libro escrito y mismo. La fama de este libro ha hecho que se le tome aislado por sí solo, separado del conjunto de la obra de Ortega en la cual se encuentran sus raíces y su última justificación. Por otra parte, el acierto de su título, ya de por sí de fulgurante, atractivo y uno de los factores de su éxito inicial, invitaron a algunos a contentarse con él, a no leer la obra, a creer que bastaba con el título para saber lo que el autor pensaba.

Para adentrarnos más en este texto, vamos a dar a continuación lectura al capítulo titulado *El hecho de las aglomeraciones de la rebelión de las masas*, sobre el que luego haremos una serie de reflexiones. Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social.

Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas.

También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas. Tal vez la mejor manera de acercarse a este fenómeno histórico consista en referirnos a una experiencia visual, subrayando una facción de nuestra época que es visible con los ojos de la cara.

Sencillísima de enunciar, aunque no de analizar, yo la denomino el hecho de la aglomeración del lleno. Las ciudades están llenas de gente, las casas llenas de inquilinos, los hoteles llenos de huéspedes, los trenes llenos de viajeros, los cafés llenos de consumidores, los paseos llenos de transeúntes, las salas de los médicos famosos llenas de enfermos, los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de espectadores, las playas llenas de bañistas. Lo que antes no solía ser problema, empieza a serlo casi de continuo.

Encontrar sitio. No prenderse en extrañarse, es comenzar a entender. Es el deporte y el lujo específico del intelectual.

Por eso su gesto gremial consiste en mirar el mundo con los ojos dilatados por la extrañeza. Todo en el mundo es extraño y es maravilloso para unas pupilas bien abiertas. Esto, maravillarse, es la delicia vedada al futbolista y que, en cambio, lleva al intelectual por el mundo en perpetua embriaguez de visionario.

Su atributo son los ojos en pasmo. Por eso los antiguos dieron a Minerva la lechuza, el pájaro con los ojos siempre deslumbrados. La aglomeración, el lleno, no era antes frecuente.

¿Por qué lo es ahora? Los componentes de esas muchedumbres no han surgido de la nada. Aproximadamente el mismo número de personas existía hace 15 años. Después de la guerra parecería natural que ese número fuese menor.

Aquí topamos, sin embargo, con la primera nota importante. Los individuos que integran estas muchedumbres preexistían, pero no como muchedumbre. Repartidos por el mundo en pequeños grupos o solitarios, llevaban una vida por lo visto divergente, disociada, distante.

Cada cual, individuo o pequeño grupo, ocupaba un sitio. Tal vez el suyo, en el campo, en la aldea, en la villa, en el barrio de la gran ciudad. Ahora, de pronto, aparecen bajo la especie de aglomeración y nuestros ojos ven donde quiera muchedumbres.

¿Dónde quiera? No, no. Precisamente en los lugares mejores. Creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados antes a grupos menores, en definitiva, a minorías.

La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible. Se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Antes, si existía, pasaba inadvertida.

Ocupaba el fondo del escenario social. Ahora se ha adelantado a las baterías. Es ella el personaje principal.

Ya no hay protagonistas. Solo hay coro. El concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual.

Traduzcámoslo, sin alterarlo, a la terminología sociológica. Entonces hallamos la idea de masa social. La sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores, minorías y masas.

Las minorías son individuos o grupos de individuos especialmente cualificados. La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas. No se entienda, pues, por masas, solo ni principalmente, las masas obreras.

Masa es el hombre medio. De este modo se convierte lo que era meramente cantidad, la muchedumbre, en una determinación cualitativa. Es la cualidad común.

Es lo mostrenco social. Es el hombre, en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico. ¿Qué hemos ganado con esta conversión de la cantidad a la cualidad? Muy sencillo.

Por medio de ésta comprendemos la génesis de aquella. Es evidente, hasta pero gruyesco, que la formación normal de una muchedumbre implica la coincidencia de deseos, de ideas, de modo de ser, en los individuos que la integran. En los grupos que se caracterizan por no ser muchedumbre y masa, la coincidencia efectiva de sus miembros consiste en algún deseo, idea o ideal, que por sí solo excluye el gran número.

Para formar una minoría, sea la que fuere, es preciso que antes cada cual se separe de la muchedumbre por razones especiales relativamente individuales. Su coincidencia con los otros que forman la minoría es pues secundaria, posterior a haberse cada cual singularizado, y es

por lo tanto, en buena parte, una coincidencia en no coincidir. Hay casos en que este carácter singularizador del grupo aparece a la intemperie.

Los grupos ingleses, que se llaman a sí mismos no-conformistas, es decir, la agrupación de los que concuerdan sólo en su disconformidad respecto a la muchedumbre ilimitada. Este ingrediente de juntarse los menos precisamente para separarse de los más, va siempre involucrado en la formación de toda minoría. Hablando del reducido público que escuchaba a un músico refinado, decía graciosamente Malarmé, que aquel público subrayaba con la presencia de su escasez, la ausencia multitudinaria.

En rigor, la masa puede definirse como hecho psicológico, sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración. Delante de una sola persona, podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo, en bien o en mal, por razones especiales, sino que se siente como todo el mundo, y sin embargo no se angustia, se siente a sabor, al sentirse idéntico a los demás.

Imagínese un hombre humilde que al intentar valorarse por razones especiales, al preguntarse si tiene talento para esto o lo otro, si sobresale en algún orden, advierte que no posee ninguna cualidad excelente. Este hombre se sentirá mediocre y vulgar, mal dotado, pero no se sentirá masa. Cuando se habla de minorías selectas, la habitual bellaquería suele tergiversar el sentido de esta expresión, fingiendo ignorar que el hombre selecto no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más que los demás, aunque no logre cumplir en su persona esas exigencias superiores.

Y es indudable que la división más radical que cabe hacer de la humanidad es esta en dos clases de criaturas. Las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes, y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismas, bollar que van a la deriva. La división de la sociedad en masas y minorías excelentes no es por lo tanto una división en clases sociales, sino en clases de hombres, y no puede coincidir con la jerarquización en clases superiores e inferiores.

Ahora bien, existen en la sociedad operaciones, actividades, funciones del más diverso orden, que son por su misma naturaleza especiales y, consecuentemente, no pueden ser bien ejecutadas sin dotes también especiales. Por ejemplo, ciertos placeres de carácter artístico y lujoso, o bien las funciones de gobierno y de juicio político sobre los asuntos públicos. Antes eran ejercidas estas actividades especiales por minorías calificadas, calificadas por lo menos en pretensión.

La masa no pretendía intervenir en ellas. Se daba cuenta de que si quería intervenir tendría congruentemente que adquirir esas dotes especiales y dejar de ser masa. Conocía su papel en una saludable dinámica social.

Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de

afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone donde quiera. Como se dice en Norteamérica, ser diferente es indecente. La masa rolla todo lo diferente, egregio individual calificado y selecto.

Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo, corre el riesgo de ser eliminado. Y claro está que ese todo el mundo no es todo el mundo. Todo el mundo era normalmente la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales.

Ahora, todo el mundo es sólo la masa. Como hemos oído en este texto de Ortega de la rebelión de las masas, todo está lleno, no hay sitio. Por otro lado, vivimos en sazón de nivelaciones.

Se nivelan las fortunas, la cultura entre las distintas clases, los sexos y también se nivelan los continentes. Ortega nos llama la atención sobre el advenimiento de las masas al pleno poderío social. La masa es el conjunto de personas no especialmente cualificadas.

La minoría selecta sería el grupo de individuos especialmente cualificados. Pero no se entienda por masas sólo ni principalmente las masas obreras. Masa es el hombre medio.

No se trata pues de clases sociales, sino de funciones. Todos los hombres pertenecen en principio a la masa en cuanto no están especialmente cualificados y sólo emergen, salen de ella cuando cumplen una función para la cual tienen o poseen una competencia o cualificación pertinente, después de lo cual se reintegran a la masa. Precisamente uno de los temas capitales de este libro es la crítica que hace Ortega del especialismo, calificándolo de barbarie.

Esta barbarie del especialismo significa que el hombre cualificado en un campo particular se comporta fuera de él como si tuviera competencia y autoridad en todos y no como uno de tantos que necesitan del consejo y orientación de los realmente cualificados. Más una cosa es la masa, ingrediente capital de toda sociedad, y otra el hombre masa, que puede no existir porque es una especie de enfermedad o dolencia que a veces sobreviene a las sociedades. Para Ortega el hombre selecto o de la minoría no es el petulante que se cree superior a los demás, sino el que se exige más.

No se trata de clases sociales, sino de clases de hombres. Ser diferente es indecente y las masas no lo permiten. Las masas ejercen hoy una enorme cantidad de repertorios vitales.

Las posibilidades se han ampliado fabulosamente. Sin embargo Ortega no señala el peligro de esta rebelión de las masas. Como él dice, de puro mostrarse abiertos, mundo y vida al hombre mediocre, se le ha cerrado a éste el alma.

La rebelión de las masas, en este sentido, consiste en la obliteración de las almas medias. Ese es el hombre masa que tiene ideas taxativas sobre todo y que da lugar a la ausencia de normas, de valores y de posible apelación. El hombre masa no quiere dar razones ni quiere tener razón.

La consecuencia de todo ello nos lleva a la violencia, tema de nuestro tiempo. La crisis del

hombre contemporáneo no procede del hundimiento de los valores tradicionales, sino de los fracasos que le han seguido. El hombre ha soportado e incluso lo acogió como una liberación la pérdida y desaparición de esos valores, porque al mismo tiempo prestaba más confianza a algunas creencias esenciales, a los mitos poderosos del progreso social e histórico y de la cuasidivinidad que el hombre puede esperar de la ciencia.

Si bien la moral racionalista recuperó la ética cristiana, no recreó su espíritu religioso. La verdadera reencarnación de Dios no fue la razón como ley de la conciencia individual, sino la razón como ley de desarrollo histórico, como progreso. La verdadera reencarnación de Dios fue la historia.

El desarrollo de la angustia del hombre contemporáneo no viene de la muerte de las creencias religiosas ni de la muerte de la ética burguesa. Viene de la agonía de esos mitos que parecen escapar al gran cambio de los valores. No nacen propiamente de un vacío sufrido por el alma individual, convertido después en malestar de la civilización, sino que la crisis histórica de la civilización se convirtió en crisis del alma individual.

Nuestro fracaso histórico es lo que nos impide, ante todo, imponernos una imagen desesperada de nosotros mismos. La racionalidad inmanente a la historia debía proporcionarnos la paz, la justicia social, la dignidad y la libertad del individuo, la promoción de los mejores. Pero es aquí que hemos padecido la guerra, la violencia, el advenimiento del estado totalitario y de las masas inconscientes, la desesperación del individuo.

Esperábamos de la ciencia un dominio de la naturaleza que, asegurando nuestra confianza en nosotros mismos y creando mejores condiciones de vida, debía hacer al hombre, al liberarlo de la necesidad más dura, disponible para la vida interior y las actividades más elevadas de la cultura. Y resulta que, si bien la ciencia nos da en efecto el confort prometido, ha dado a la violencia armas terribles, creando incluso el peligro de la propia autodestrucción de la humanidad, y amenaza la vida interior y el pasado tendiendo a hacer participar a cada individuo en la naturaleza y la conducta de un robot. Anotamos, en fin, que en su aspecto técnico propone una imagen cada vez más inhumana de la realidad.

Igual que la confianza en nuestras obras históricas, nuestro esfuerzo de racionalización de la historia por la paz internacional, la justicia social y el poder técnico, nos daban una seguridad que no quebrantó el hundimiento de las tradiciones morales. Fue el sentimiento de nuestro fracaso histórico lo que suscitó la angustia contemporánea. A este pesimismo nos conduce la reflexión de este texto de Ortega.

Como hemos oído, nuestro filósofo insistió sobre el advenimiento del hombre masa y la pérdida de nuestra individualidad. En conjunto, este texto de la rebelión de las masas es mucho más verdadero que hace medio siglo cuando se escribió. Se ha ido haciendo verdadero, es decir, verificando.

La crisis de los valores, de las normas, la deshumanización del hombre, el acceso del hombre

masa en detrimento de la libertad y capacidad creadora del hombre, la creencia de que ya no hay mandamientos de ninguna clase, de que hay sólo derechos y ninguna obligación, se han ido verificando en nuestra sociedad fatídica e inexorablemente.